

comisión de los veintinueve emitió su informe, proponiendo que pasara la acusación al tribunal revolucionario. Carrier hizo una débil defensa; atribuía todas las crueldades á la exasperación producida por la guerra civil, á la necesidad de aterrar á la Vendée, siempre amenazadora, y al impulso del comité de salvación pública, al que no osó imputar las sumersiones, si bien atribuyéndole aquella inspiración de feroz energía que arrastró á muchos comisionados de la Convención. Aquí renacían peligrosas cuestiones, suscitadas ya varias veces, pues se estaba expuesto á discutir la parte de cada cual en las violencias de la revolución. Los comisionados podían atribuir á los comités, éstos á la Convención y la Convención á Francia aquella inspiración que produjo tan terribles á la par que tan grandes cosas, que era común á todo el mundo y que dependía sobre todo de una situación sin ejemplo. «Todo el mundo, dijo Carrier en un momento de desesperación, todo el mundo es culpable aquí, hasta la campanilla del presidente.» Sin embargo, el relato de los horrores cometidos en Nantes había excitado tal indignación, que ni un solo individuo osó defender á Carrier ni pensó en justificar su conducta por consideraciones generales. Fué declarado criminal por unanimidad, y se le envió al tribunal revolucionario.

La reacción, hacía, pues, rápidos progresos: los golpes que no se había osado aún dirigir contra los individuos de los antiguos comités de gobierno recaían sobre Carrier. Todos cuantos formaron parte de los comités revolucionarios, todos los representantes de la Convención que habían desempeñado comisiones, todos los hombres en fin que hubieron de ejercer funciones rigurosas comenzaban á temblar por sí mismos.

Los jacobinos, heridos ya por un decreto que les prohibía la afiliación y la correspondencia en nombre colectivo, necesitaban mucha prudencia; pero desde los últimos acontecimientos era probable que no supieran contenerse, evitando una lucha con la Convención y los termidorianos. Lo ocurrido respecto á Carrier produjo en efecto una sesión borrascosa en su club. Crassous, diputado jacobino, trazó un cuadro de los medios que empleaba la aristocracia para perder á los patriotas. «El proceso que se instruye ahora en el tribunal revolucionario, dijo, es su principal recurso y con el que más cuenta; apenas tienen los acusados la facultad de ser oídos ante el tribunal; los testigos son casi todas personas interesadas en promover mucho ruido en este negocio; algunos tienen pasaportes firmados por chuanes; los periodistas y libelistas se han coligado para exagerar los hechos más insignificantes, dominar la opinión pública y hacer perder de vista las crueles circunstancias que han producido y explican las desgracias ocurridas, no sólo en Nantes, sino en toda Francia. Si la Convención no se previene, se verá deshonrada por esos aristócratas que no hacen tanto ruido sobre este proceso, sino para que recaiga en él todo lo odioso. No es ya á los jacobinos á quienes se debe acusar de disolver la Convención, sino á esos hombres coligados para comprometerla y envilecerla á los ojos de Francia. Tengan, pues, cuidado todos los buenos ciudadanos, pues comienza el ataque contra ellos; que todos se unan y estén dispuestos á defenderse con energía.»

Varios jacobinos hablaron después de Crassous, re-

pitando poco más ó menos las mismas cosas. «Se habla, dijeron, de los fusilamientos y de las sumersiones; pero no se dice que los individuos á quienes se complace habrían prestado auxilio á los bandidos; no se recuerdan las crueldades cometidas con nuestros voluntarios, á quienes se colgaba de los árboles ó se fusilaba en pelotón; y si se pide venganza para los bandidos, vengan á exigirla también las familias de doscientos mil republicanos asesinados desapiadadamente.»

Los ánimos estaban muy sobrecitados, y la sesión se convertía en un verdadero tumulto, cuando Billaud-Varennes, á quien los jacobinos reconvenían su silencio, tomó á su vez la palabra. «La marcha de los contrarrevolucionarios, dijo, es ya conocida; cuando quisieron en tiempo de la Asamblea Constituyente formar proceso á la revolución, llamaron á los jacobinos desorganizadores y los fusilaron en el Campo de Marte. Después del 2 de septiembre, cuando quisieron impedir el establecimiento de la república, llamáronles bebedores de sangre y los calumniaron atrocemente. Hoy comienzan los mismos manejos, pero que no esperen triunfar: los patriotas han podido guardar un instante silencio, mas no está muerto el león cuando dormita, y al despertar extermina á todos sus enemigos. Abierta está la trinchera; los patriotas van á despertar, recorriendo toda su energía; ya hemos expuesto mil veces nuestra vida; y si ahora nos espera el cadalso, pensemos que él cubrió de gloria al inmortal Sidney!»

Este discurso electrizó todos los ánimos, aplaudióse á Billaud-Varennes, se agruparon á su alrededor y se prometió hacer causa común con todos los patriotas amenazados, defendiéndose hasta morir.

En la situación en que se hallaban los partidos, semejante escena no podía menos de excitar mucho la atención. Las palabras de Billaud-Varennes, que hasta entonces se había abstenido de presentarse en ninguna de las dos tribunas, eran una verdadera declaración de guerra; los termidorianos las tomaron como tal, y al día siguiente, Bentabolle cogió el *Diario de la Montaña*, donde estaba el extracto de la sesión de los jacobinos, y denunció las palabras de Billaud-Varennes: *No está muerto el león cuando dormita, y al despertar extermina á todos sus enemigos*. Apenas ha pronunciado Bentabolle estas frases, cuando levantándose los montañeses le colman de injurias, diciéndole que es del número de aquellos que han hecho poner en libertad á los aristócratas. Duhem le trata de pícaro, y Tallián pide vivamente la palabra por Bentabolle, que atemorizado del tumulto quiere bajar de la tribuna. Sin embargo, obliganle á quedarse, y entonces pide que se obligue á Billaud-Varennes á explicarse sobre el *despertar del león*. Billaud pronuncia algunas palabras desde su asiento; pero por todas partes gritaban: «¡Á la tribuna, á la tribuna!», y como se resistiese, obliganle á subir y á tomar la palabra. «No niego, dice, la opinión que manifesté en los jacobinos; mientras he creído que sólo se trataba de cuestiones personales he guardado silencio; mas no puedo callarme al ver á la aristocracia levantarse más amenazadora que nunca.» Al decir esto se oyen risas en una tribuna y ruido en otra. «¡Mandad salir á los chuanes!», grita la Montaña. Billaud continúa en medio de los aplausos de unos y de los murmullos de otros, diciendo con cierta turbación que se ha puesto

en libertad á realistas conocidos, encerrando á los más puros patriotas; cita á madama Tourzel, aya de los infantes de Francia, á quien se ha dejado marchar y que puede constituir por sí sola un núcleo de contrarrevolución. Estas últimas frases excitaron de nuevo las carcajadas; y Billaud añade que la conducta secreta de los comités desmiente el lenguaje público de los manifiestos de la Convención y que semejante estado de cosas le ha inducido á decir que era necesario que despertasen los patriotas, porque los hombres que se duermen sobre sus derechos son conducidos á la esclavitud.

Oyense algunos aplausos en la Montaña á favor de Billaud; pero una parte de las tribunas y de la Asamblea prorrumpe en las más sonoras carcajadas, pareciendo no experimentar más que esa insultante compasión que inspira el poder caído, cuando balbucea inútiles palabras para sincerarse. Tallián se apresura á contestar á Billaud para rechazar sus cargos. «Tiempo es, dice, de contestar á esos hombres que quieren dirigir las manos del pueblo contra la Convención. — Nadie lo quiere, gritan algunos en la sala. — Sí, sí, contestan otros, se quiere dirigir al pueblo contra la Convención. — Esos hombres, continúa Tallián, son los que temen al ver la cuchilla suspendida sobre las cabezas criminales, al ver que se difunde la luz en todos los ramos de la administración, y que la venganza de las leyes debe caer sobre los asesinos; esos hombres son los que se agitan hoy, los que pretenden que el pueblo debe despertar, que quieren extraviar á los patriotas, haciéndoles creer que todos están comprometidos, y que á favor de un movimiento general esperan, en fin, impedir que se persiga á los defensores ó cómplices de Carrier.» Generales aplausos interrumpen á Tallián; pero Billaud, que no quiere ser acusado de complicidad con Carrier, grita desde su asiento: «Declaro que no he aprobado la conducta de Carrier.» Sin hacer aprecio de las palabras de Billaud, continúa aplaudiéndose á Tallián, que prosigue de este modo: «No es posible tolerar más tiempo dos autoridades rivales, ni permitir que los individuos que aquí se callan, vayan á denunciar después cuanto habéis hecho. — No, no, gritan algunas voces; nada de autoridades rivales de la Convención! — No se puede consentir, continúa Tallián, que se vaya á cualquier parte á vilipendiar á la Convención y á todos los individuos á quienes confió el gobierno. No deduciré ahora nada; basta que esta tribuna haya contestado á lo dicho en otra, y que la Convención se pronuncie unánimemente contra los hombres sanguinarios.»

Nuevos aplausos demuestran á Tallián que la Asamblea está decidida á consentir cuanto se quiera hacer contra los jacobinos. Bourdón de l'Oise apoya las palabras del preopinante, aunque en muchas cuestiones difiera de sus amigos los termidorianos. Legendre deja oír también su voz enérgica. «¿Quiénes son, dice, los que vituperan nuestras operaciones? Son un puñado de hombres feroces. Miradlos de frente y veréis en su rostro un barniz compuesto con la hiel de los tiranos.» Estas expresiones, con que se aludía al rostro sombrío de Billaud-Varennes, son aplaudidas estrepitosamente. «¿De qué os quejáis, continúa Legendre, vosotros que nos acusáis de continuo? ¿Será porque no se encierra ya á los ciudadanos á centenares, porque no se guillotina á cincuenta, sesenta y ochenta personas cada día?

¡Ah! Lo confieso; en eso tenemos diverso gusto que vosotros, y nuestra manera de desocupar las prisiones no es la misma. Hemos ido á ellas, hemos hecho todo lo que se ha podido para distinguir los aristócratas de los patriotas, y si nos hemos engañado, aquí están nuestras cabezas para responder; pero mientras que reparamos los crímenes, tratando de haceros olvidar que son vuestros, ¿por qué vais á una sociedad famosa á denunciarnos y á extraviar al pueblo que allí concurre, poco numeroso por fortuna? Pido, añade Legendre al terminar, que la Convención adopte las medidas necesarias para impedir que esos individuos vayan á predicar la revolución en los jacobinos.» La Convención adopta la proposición de Legendre, encargando á los comités que propongán los medios.

La Convención y los jacobinos se hallaban así en pugna, y en esa situación en que agotados todos los recursos, no queda otro remedio sino llegar á las manos.

Ya comenzaba á no ser dudosa la intención de aniquilar aquella sociedad célebre; necesitábase sólo que los comités tuvieran valor para proponerlo. Comprendíanlo así los jacobinos, y quejábanse en todas sus sesiones de que se quisiera disolverlos, comparando al gobierno actual con Leopoldo, Brunswick y Coburgo, que también habían pedido su disolución. Una palabra, sobre todo, pronunciada en la tribuna, les dió ancho campo para pretenderse calumniados y atacados.

Habíase dicho que en las cartas cogidas se hallaba la prueba de que el comité de los emigrados en Suiza estaba de acuerdo con los jacobinos de París. Si sólo se quería decir con esto que los emigrados deseaban agitaciones que entorpeciesen la marcha del gobierno, seguramente se tenía razón; y en efecto, una carta interceptada á un emigrado, decía que la esperanza de vencer á la revolución por las armas era una locura, y que debía procurarse aniquilarla por sus propios desórdenes. Pero si por el contrario se iba hasta suponer que los jacobinos y los emigrados se correspondían y concertaban para llegar á un mismo fin, decía una cosa tan absurda como ridícula, y los jacobinos no deseaban más que verse acusados de esta manera. Por eso no dejaron de repetir durante algunos días que se les calumniaba, y Duhem pidió varias veces que se leyeran aquellas supuestas cartas en la tribuna.

La agitación en París era extremada: numerosos grupos que partían, unos del Palacio Real, compuestos de jóvenes con coletas y valonas negras, y los otros del arrabal de San Antonio, de las calles de San Dionisio y San Martín y de todos los barrios dominados por los jacobinos, iban á encontrarse en el Carrousel, en el jardín de las Tullerías y en la plaza de la Revolución. Los unos gritaban: *¡Viva la Convención! ¡Abajo los terroristas y la cola de Robespierre!* Los otros contestaban con los gritos de: *¡Viva la Convención! ¡Vivan los jacobinos! ¡Abajo los aristócratas!* Sus canciones eran también diferentes: la juventud dorada había adoptado una á que dió el nombre de *El despertar del pueblo*; los partidarios de los jacobinos entonaban el antiguo himno de la revolución, inmortalizado con tantas victorias: *¡Allons enfants de la patrie!* Encontrábanse los dos partidos, entonaban sus canciones opuestas, lanzaban gritos y con frecuencia se atacaban á pedradas y palos; corría la sangre y hacíanse prisioneros, que unos y otros en-

trabajaban al comité de seguridad general. Los jacobinos decían que este comité, compuesto de termidorianos, ponía en libertad á los jóvenes, deteniendo sólo á los patriotas.

Aquellas escenas se repitieron varios días seguidos, acabando por ser asaz alarmantes para que los comités de gobierno adoptasen medidas de seguridad, doblando la guardia de todos los puestos. El 19 brumario (9 de noviembre de 1794), los grupos eran más numerosos aún y más considerables que los días anteriores: uno de ellos, que partió del Palacio Real, avanzando por la calle de San Honorato, llegó al salón de los jacobinos y le cercó; la multitud aumentaba sin cesar, obstruyendo todas las avenidas, y los jacobinos, que en aquel momento estaban en sesión, pudieron creerse sitiados. Algunos grupos que les eran favorables dejaron oír los gritos de *viva la Convención!*, *vivan los jacobinos!*, á los cuales contestaron los contrarios; empeñóse una lucha, y como los jóvenes eran más numerosos, consiguieron muy pronto dispersar los grupos enemigos. Entonces rodearon la sala del club rompiendo los vidrios á pedradas, y algunas piedras cayeron en medio de los jacobinos reunidos. Furiosos éstos, gritaron que se les asesinaba, y prevaliéndose sobre todo de que entre ellos se hallaban algunos individuos de la Convención, decían que se mataba á la representación nacional. Las mujeres que llenaban las tribunas, y á quienes se llamaba *furias de la guillotina*, habían querido salir para escapar del peligro; pero los jóvenes que las esperaban se apoderaron de las que trataban de huir, las trataron del modo más indecente y hasta castigaron á varias de ellas con crueldad. Algunas volvieron á entrar en la sala fuera de sí y descabelladas, diciendo que se quería darlas muerte; y entonces resolvieron los jacobinos hacer una salida y caer sobre los sitiadores. El enérgico Duhem, armado de un palo, se puso á la cabeza de uno de los grupos, resultando una espantosa refriega en la calle de San Honorato. Si por una y otra parte hubiesen sido las armas mortíferas, habría seguido una matanza. Los jacobinos volvieron á entrar con algunos prisioneros; pero los jóvenes que estaban fuera amenazaban inyadir la sala y vengarse ruidosamente si no les devolvían sus compañeros.

Aquella escena duró algunas horas antes que los comités de gobierno estuviesen reunidos y pudieran dar órdenes. Algunos emisarios de los jacobinos habían ido á manifestar al comité de seguridad general que se asesinaba á los diputados que se hallaban en la sociedad; y habiéndose reunido los comités de salvación pública, de seguridad general, de legislación y de la guerra, acordaron enviar al momento patrullas para libertar á sus colegas comprometidos en aquella escena más escandalosa que mortífera.

Las patrullas marcharon con un individuo de cada comité al lugar de la ocurrencia. Eran las ocho; los representantes que conducían las patrullas no cargaron contra los sitiadores, como lo deseaban los jacobinos, ni quisieron entrar en el salón, como lo pedían sus colegas allí presentes; permanecieron fuera, é invitaron á los jóvenes á dispersarse, prometiéndoles devolverles sus compañeros. En efecto, poco á poco se disolvieron los grupos, mandaron evacuar la sala de los jacobinos y enviaron á todo el mundo á su casa.

Restablecida la calma, volvieron á buscar á sus colegas, y los cuatro comités pasaron la noche discutiendo sobre lo que debería hacerse. Los unos opinaban por la suspensión de los jacobinos, y oponíanse los otros. Thuriot, sobre todo, aunque fué uno de los adversarios de Robespierre el 9 termidor, comenzaba á temer la reacción, y parecía inclinarse en favor de los jacobinos. Separáronse por último sin resolver nada.

A la mañana siguiente (20 brumario) se produjo en la Asamblea una escena de las más violentas: ya se comprenderá que Duhem fué el primero en sostener que la víspera se había asesinado á los patriotas, y que el comité de seguridad general no cumplió con sus deberes. Los de las tribunas, tomando parte en la discusión, hacían un ruido espantoso, pareciendo que por una parte apoyaban y por otra negaban los hechos. Hízose salir á los alborotadores, é inmediatamente después pidieron la palabra muchos diputados: Bourdón de l'Oise, Rewbel y Clausel, para apoyar al comité; Duhem, Duroy y Bentabolle, para combatirle. Cada cual habló á su vez, presentando los hechos de una manera, y fué interrumpido por los mentís de los que presenciaron hechos enteramente contrarios; los unos no habían visto sino grupos que maltrataban á los patriotas; los otros aseguraron que todos los que habían encontrado maltrataban á los jóvenes, atacando á la Convención y á los comités. Duhem, que difícilmente se podía contener en todas las discusiones de este género, gritó que los golpes fueron dirigidos por aristócratas que comían en casa de la Cabarrús y que iban á cazar á Raincy. Retiráronle entonces la palabra, y lo único que se pudo reconocer en medio de aquel conflicto de asertos contrarios fué que los comités, á pesar de su prontitud para reunirse y llamar la fuerza armada, no pudieron, sin embargo, enviarla hasta muy tarde al lugar de la ocurrencia; que una vez dirigidas las patrullas hacia la calle de San Honorato, no quisieron librar á los jacobinos por la fuerza, contentándose con dispersar los grupos poco á poco; y por último, que mostraron una indulgencia bastante natural con los que gritaban *viva la Convención!*, los cuales no decían que el gobierno estuviese entregado á los contrarrevolucionarios.

No se podía, en efecto, pedirles más: impedir que se maltratase á sus enemigos era su deber; pero exigiáseles demasiado al pedir que cargasen á la bayoneta á sus propios amigos, es decir, á los jóvenes que diariamente se presentaban en tropel para ofrecer su apoyo contra los revolucionarios. Declararon á la Convención que habían pasado la noche discutiendo sobre si convendría ó no suspender los jacobinos; preguntóseles si habían acordado un proyecto, y como expusiesen que no se habían entendido aún, dióseles orden de retirarse para resolver, y volver después á someter su decisión á la Asamblea.

Aquel día, 20, se pasó con más tranquilidad, porque no había reunión en los jacobinos; pero el 21, día de sesión, formáronse de nuevo los grupos; por ambas partes parecía todo preparado, y era evidente que se llegaría á las manos aquella misma tarde.

Los cuatro comités, reunidos al punto, suspendieron por un decreto las sesiones de los jacobinos, ordenando que la llave del salón se depositase inmediatamente en la secretaría del comité de seguridad general.

La orden fué cumplida, cerróse el salón y se llevaron las llaves á la secretaría. Esta medida evitó el tumulto que se temía; dispersáronse los grupos y se pasó la noche tranquilamente. Al otro día presentóse Laiguelot á manifestar á la Convención, en nombre de los cuatro comités, el acuerdo que acababan de tomar. «Jamás hemos tenido intención de atacar á las sociedades populares, dijo; pero si estamos autorizados para cerrar las puertas allí donde se forman facciones y se predica la guerra civil.» La Convención aplaudió ruidosamente; pidióse la votación nominal, y quedó sancionado el decreto, casi por unanimidad, en medio de las aclamaciones y de los gritos de: *¡Viva la república! ¡Viva la Convención!* Así terminó aquella sociedad, cuyo nombre ha sido tan célebre y tan odioso, y que semejante á todas las asambleas, á todos los hombres que figuraron sucesivamente en escena, semejante á la revolución misma, tuvo el mérito y los errores de la extremada energía. Inferior á la Convención, abierta para todos los recién llegados, era la liza donde los jóvenes revolucionarios que no habían figurado aún y que estaban impacientes por darse á conocer iban á ensayar sus fuerzas y precipitar la marcha, de ordinario más lenta, de los revolucionarios que ocupaban ya el poder. Mientras se necesitaban nuevas personas, talentos y vidas dispuestas á sacrificarse, la sociedad de los jacobinos fué útil, y facilitó hombres que reclamaba la revolución en aquella lucha sangrienta y terrible; pero cuando aquélla llegó á su último término, comenzó á retrogradar; y á la sociedad de los jacobinos se acogieron los hombres fogosos salidos de su seno, que habían sobrevivido á tan violenta conmoción. Muy pronto llegó á ser importuna por sus inquietudes, peligrosa por sus terrores, y entonces la sacrificaron los hombres que procuraban atraer la revolución desde el extremo á que llegó al justo medio de la razón, de la equidad y de la libertad, y que ciegos, como todos los hombres que obran con la esperanza, creían poder fijarla en aquel medio deseado. Sin duda hacían bien en tratar de volver á la moderación, y los jacobinos tenían motivo para decirles que caminaban á la contrarrevolución. Las revoluciones, semejantes á un péndulo violentamente impelido, que corre con fuerza de un extremo á otro, ofrecen siempre fundamento para presagiar excesos; pero por fortuna, las sociedades políticas después de oscilar con fuerza en sentido contrario, acaban por seguir un movimiento igual y justamente limitado. No obstante, ¡cuánto tiempo, cuántos males y cuánta sangre se necesitan antes de llegar á esta época feliz! Nuestros precursores, los ingleses, tuvieron que pasar por un Cromwell y dos Estuardos.

Dispersos los jacobinos, no eran hombres que pudiesen conformarse con la vida privada, renunciando á las agitaciones políticas. Los unos se refugiaron en el club electoral, que expulsado del palacio episcopal por los comités, habíase reunido en una de las salas del Museo; los otros se dirigieron al arrabal de San Antonio, á la sociedad popular de la sección de los Trescientos. Allí era donde se reunían los hombres más notados y decididos del arrabal; y al presentarse los jacobinos en tropel el 21 brumario, expresáronse en estos términos: «Valerosos ciudadanos del arrabal de San Antonio, vosotros que sois el único sostén del pueblo, ved aquí á los infelices jacobinos perseguidos, y que os piden les admitáis

en vuestra sociedad. Nosotros hemos dicho: vamos al arrabal de San Antonio, donde seremos inatacables, y todos reunidos dirigiremos más seguros golpes para librar al pueblo y la Convención de la esclavitud.» Todos fueron admitidos sin previo examen, y pronunciaron las frases más violentas y peligrosas, leyendo varias veces este artículo de la declaración de los derechos: *Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es para éste el más sagrado de los derechos y el más indispensable de los deberes.*

Los comités, que ya habían probado sus fuerzas y se reconocían con las suficientes, no creyeron deber perseguir á los jacobinos en su asilo, y les permitieron decir cuanto quisieran, dispuestos á obrar á la primera señal si á las palabras seguían los hechos.

Las más de las secciones de París recobraron valor, expulsaron de su seno á los que llamaban terroristas, los cuales se retiraron hacia el Temple y los arrabales de San Antonio y San Marcelo; y libres de aquella oposición, redactaron numerosas exposiciones para felicitar á la Convención por la energía que acababa de desplegar contra los *cómplices de Robespierre*. De casi todas las ciudades se remitieron exposiciones semejantes, y la Convención, apoyada así en el rumbo que acababa de tomar, prosiguió en él con mayor ahinco. Los setenta y tres, en cuyo favor se había reclamado, eran pedidos todos los días con muchas instancias por los individuos del centro y del lado derecho, que querían reforzarse con setenta y tres votos y sobre todo asegurar la libertad en las votaciones, llamando á sus colegas. Al fin se les puso en libertad y fueron repuestos; la Convención, sin explicarse sobre el 31 de mayo, declaró que se había podido pensar sobre aquellos sucesos de distinto modo que la mayoría, sin ser por eso culpable. Todos entraron á la vez, llevando á su cabeza al anciano Dusaulx, quien tomó la palabra por ellos, asegurando que al volver á sentarse junto á sus colegas, deponían todo resentimiento y no les animaba sino el deseo de labrar el bien público. Dado este paso, no era ya tiempo de retroceder: Louvet, Lanjuinais, Enrique Lariviere, Doucet, Isnard, y todos los girondinos que huyeron del destierro y se ocultaron en subterráneos, escribieron pidiendo su reposición. Suscitóse con este motivo una escena violenta. Atemorizados los termidorianos ante la reacción, se detuvieron, imponiendo respeto á la derecha, que creyendo necesitarlos, no osó incurrir en su desagrado y dejó de insistir. Decretóse que los diputados que se hallaban fuera de la ley no serían perseguidos, pero que tampoco volverían al seno de la Asamblea.

El mismo espíritu que hacía absolver á los unos debía impulsar á condenar á los otros. Un antiguo diputado llamado Raffrou dijo que era tiempo de perseguir á todos los culpables, demostrando á Francia que la Convención no era cómplice de los asesinos; y pidió que se formase causa inmediatamente á Lebón y David, detenidos ambos. Sabido ya todo lo ocurrido en el Mediodía, y sobre todo en Bedouin (Vaucluse), se exigió un informe y un acta de acusación contra Maignet. Muchos pidieron el juicio de Fouquier-Tinville y la causa contra el antiguo ministro Bouchotte, aquel que había abierto á los jacobinos las oficinas de la Guerra. Hízose la misma proposición contra el ex corregidor Pache, cómplice de los hebertistas, según decían, y salvado por

Robespierre. En medio de aquel torrente de ataques contra los jefes revolucionarios, los tres principales, largo tiempo defendidos, debían sucumbir al fin. Billaud-Varenes, Collot-d'Herbois y Barrere, acusados de nuevo formalmente por Legendre, no pudieron eludir la suerte común ni los comités dispensarse de recibir la denuncia y emitir su dictamen. Lecointre, declarado calumniador en su primera acusación, anunció que había mandado imprimir los documentos que primero le faltaron; remitiéronse éstos á los comités, que, impulsados por la opinión, no se atrevieron á resistir, y declararon por último que había lugar á examen contra Billaud, Collot y Barrere, mas no contra Vadier, Vouland, Amar y David.

El proceso de Carrier, lentamente instruído en presencia de un público que disimulaba mal el espíritu de reacción que le animaba, terminó al fin el 26 frimario (16 de diciembre). Carrier y dos individuos del comité revolucionario de Nantes, Pinel y Grand-Maison, fueron condenados á la pena de muerte como agentes y cómplices del sistema del terror; los demás quedaron absueltos de la parte que habían tenido en las sumersiones por obedecer á sus superiores. Carrier, persistiendo en sostener que toda la revolución y los que la habían hecho, tolerado ó dirigido, eran tan culpables como él, fué conducido al cadalso, y resignándose en el momento fatal, recibió la muerte con calma y valor. Para probar lo que puede el ciego impulso de las gue-

rras civiles, citábanse rasgos del carácter de Carrier, por los cuales se reconocía que antes de su misión en Nantes no era en ningún modo sanguinario. Los revolucionarios, aunque condenando su conducta, se espantaron de su suerte, y no pudieron disimularse que esta ejecución era el principio de las sangrientas represalias que les preparaba la contrarrevolución. Además de las persecuciones contra los representantes, individuos de los antiguos comités ó enviados en comisión, otras leyes recientemente expedidas les probaban que la venganza iba á descender más, sin que pudiese salvarles el haber desempeñado cargos inferiores. Un decreto obligaba á todos los que habían ejercido funciones y manejado caudales públicos á dar cuenta de su gestión; y como todos los individuos de los comités revolucionarios habían formado cajas con el producto de los impuestos, con la plata de las iglesias y los subsidios revolucionarios, para organizar los primeros batallones de voluntarios, pagar á los ejércitos y transportes, sostener la policía y atender finalmente á otros mil gastos del mismo género, era evidente que todos los funcionarios de la época del terror iban á quedar expuestos á persecuciones.

Á estos fundados temores agregábanse noticias muy alarmantes. Hablábbase de la paz con Holanda, Prusia, el Imperio, España y hasta la Vendée; pretendiéndose que las condiciones de esta paz serían funestas para el partido revolucionario.

CAPÍTULO XXVI

Continuación de la guerra en el Rhin. - Toma de Nimega por los franceses. - Política exterior de Francia. - Varias potencias solicitan conferenciar. - Decreto de amnistía para la Vendée. - Conquista de Holanda por Pichegrú. - Toma de Utrecht, Amsterdam y las principales ciudades. - Ocupación de las siete Provincias Unidas. - Nueva organización política de Holanda. - Victorias en los Pirineos. - Fin de la campaña de 1794. - Prusia y otras varias potencias coligadas piden la paz. - Primeras negociaciones. - Estado de la Vendée y de Bretaña. - Puisaye en Inglaterra. - Medidas de Hoche para la pacificación de la Vendée. - Negociaciones con los jefes vendeanos.

Los ejércitos franceses, dueños de toda la orilla izquierda del Rhin y dispuestos á pasar á la derecha, amenazaban la Holanda y la Alemania. Tratábase sólo de resolver si convendría avanzar ó hacerlos volver á sus acantonamientos.

A pesar de todos sus triunfos y de su permanencia en la rica Bélgica, hallábanse en la mayor miseria. El país que ocupaban, recorrido durante tres años por innumerables legiones, estaba completamente exhausto. A los males de la guerra uniéronse los de la administración francesa, que había introducido en pos de sí los asignados, el *máximum* y las requisas. Algunas municipalidades interinas, ocho administraciones subalternas y una central establecida en Bruselas estaban encargadas de gobernar el país hasta que se resolviera su suerte definitiva. Habíase impuesto al clero, á las abadías, á los nobles y corporaciones el pago de ochenta millones; pusiéronse en circulación forzosa los asignados; y los precios de Lila sirvieron para determinar el *máximum* en toda la Bélgica, sometiéndose á la requisita los comestibles y las mercancías útiles á los ejércitos. Estos reglamentos no bastaron para que cesara la escasez, pues los mercaderes y comerciantes ocultaban cuanto tenían, careciendo así de todo, lo mismo el oficial que el soldado.

Alistado en masa el año anterior, equipado apresuradamente y conducido con la mayor precipitación á Hondschoote, Watignies y Landau, el ejército entero no había recibido de la administración más que pólvora y proyectiles. Hacía mucho tiempo que no acampaba en tiendas, sino bajo las ramas de los árboles, á pesar de haber entrado en un invierno riguroso. Por no tener zapatos, muchos soldados se cubrían los pies con trenzas de paja ó se abrigaban con esteras en vez de capotes. Los oficiales, pagados con asignados, veían reducirse los haberes á ocho ó diez francos efectivos al mes, y los que recibían algún socorro de sus familias no podían emplearlo, porque todo estaba requisado de antemano por la administración francesa. Se veían, pues, reducidos á la vida del soldado, marchando á pie, llevando la mochila á la espalda, comiendo pan de munición y corriendo las aventuras de la guerra.

La administración parecía hallarse agotada por el extraordinario esfuerzo que había hecho en levantar y armar un millón y doscientos mil ciudadanos. La nueva

organización del poder, débil y dividida, no podía darle la fuerza y actividad necesarias; de modo que todo aconsejaba que el ejército pasase á cuarteles de invierno, premiándoles con el descanso y la abundancia sus victorias y virtudes militares.

Sin embargo, nos hallábamos delante de la plaza de Nimega, que situada en el Wahal (nombre que toma el Rhin cerca de su desembocadura), dominaba ambas orillas y podía servir de entrada de puente al enemigo para pasar en la siguiente campaña á la orilla izquierda. Importaba, pues, apoderarse de esta plaza antes de que entrase más el invierno; mas era muy difícil acometerla. El ejército inglés, colocado en la orilla derecha, formaba un campamento de treinta y ocho mil hombres, que por medio de un puente de barcas podía comunicar con la plaza y abastecerla. Además de sus fortificaciones, tenía Nimega delante un campo atrincherado, guarnecido de tropas, de modo que para acometerla completamente, convenía colocar en la orilla derecha un ejército que debía arriesgarse á los peligros del paso y de una batalla, sin tener, en caso de derrota, medio alguno de retirarse. Así que sólo podía maniobrar en la orilla izquierda, debiendo reducirse á atacar el campo atrincherado, sin gran esperanza de resultado favorable.

No obstante, los generales franceses estaban decididos á intentar uno de aquellos bruscos y atrevidos ataques que acababan de abrirles en tan corto tiempo las puertas de Maestricht y Venloo. Conociendo los aliados cuán importante era Nimega, se habían reunido en Arnheim para acordar los medios de defensa, y convinieron en que pasase un cuerpo austriaco al campo de los ingleses, á las órdenes del general Wernek, y formase la izquierda del duque de York para la defensa de la Holanda. Mientras éste permanecía con sus ingleses y hannoverianos en la orilla derecha del puente de Nimega y renovaba las fuerzas de la plaza, el general Wernek debía intentar por la parte de Wesel, mucho más arriba de Nimega, un movimiento particular que los militares de experiencia han tenido por el más absurdo de los que empleó la liga en el transcurso de todas estas campañas. Este cuerpo, aprovechándose de una isla que forma el Rhin hacia Buderich, debía pasar á la orilla izquierda y colocarse entre el ejército del Sambre y Mosa y el del Norte. Veinte mil hombres iban, pues,